

bundo, a quien pudieron disponer lo bastante para ser regenerado con las aguas del bautismo.

En vista de tanta esterilidad, el P. Pedro de Oñate, que había sucedido en el provincialato al P. Diego de Torres, propuso al P. General despedirse para siempre de los guaycurus y renunciar a aquella misión. Sintió un poco el P. Vitelleschi que se abandonase aquel campo, y en 1617 encargó a los Padres del Paraguay que considerasen bien, si no habría algún medio para vencer la obstinación de aquellos salvajes (1). Bien se esforzaron los Nuestros en ganar a los guaycurus, pero fué imposible conseguir nada de provecho. En 1626 hubo nueva tentativa, animada con mucho fervor por el P. General desde Roma. Ruega el P. Vitelleschi al Provincial del Paraguay que aliente mucho al P. Pedro Romero, para que aprenda la difícil lengua de los guaycurus y para que pruebe fortuna otra vez y vea si es posible establecer allí una misión (2). Inútiles fueron todas las diligencias. Al cabo de algún tiempo hubo de retirarse el P. Romero con las manos vacías. Otros esfuerzos se hicieron en todo el siglo XVII para ablandar la dureza de aquellos hombres, y nunca se pudo conseguir resultado alguno importante. Perseveraron ellos en su fría indiferencia y en su feroz salvajismo, no queriendo admitir jamás la idea de sujetarse a vivir en pueblos y de tomar el más mínimo trabajo. Según entendían nuestros Padres, la principal dificultad de aquellos hombres consistía en el amor a la vida vagabunda y a la holgazanería con que vivían entre los bosques.

3. Mejor fortuna tuvieron los dos operarios apostólicos dirigidos al Paraná. Eran el P. Marciel o Marcelo de Lorenzana, Rector del colegio de la Asunción, y el P. Francisco de San Martín, joven sacerdote admitido recientemente en la Compañía. El 16 de Diciembre de 1609, acompañados de algunas personas principales que salieron a despedirlos, y de un piadoso sacerdote llamado Fernando de la Cueva, que conocía bastante a los indios del Paraná, enderezaron sus pasos al Sudeste de la capital. Vencidas algunas dificultades que siempre embarazaban aquellos caminos, llegaron la víspera de Navidad a cierto sitio, donde tenía su asiento un cacique llamado Arapizandú, que había conocido algún tanto a los jesuitas y se mostraba bien dispuesto para recibir nuestra santa fe. Los indios de este cacique rodearon con muestras de mucho amor a los Padres, y éstos, en

(1) *Paraquaria. Epist. Gen.* A Oñate, 30 Junio 1617.

(2) *Ibid.* A Durán, 21 Setiembre 1626.

una pobrísima chozuela, armaron su altar portátil y celebraron las misas de Navidad. Invitaron después a otros caciques de la comarca, y a los pocos días, como escribe el mismo P. Lorenzana, «nueve caciques, todos ellos muy cuerdos, se han ofrecido a venirse con su gente desde luego y han comenzado algunos de ellos a hacer sus rozas, que es la mejor señal que podíamos tener. Es contento ver el amor con que nos miran y con cuánta confianza se llegan a nosotros los niños». Animado con estas buenas disposiciones, empezó el P. Lorenzana a examinar los terrenos circunvecinos para escoger un sitio oportuno donde pudiera fundarse un pueblo cristiano. En esta situación se hallaba el 4 de Enero de 1610, cuando escribió al P. Provincial la primera carta que conservamos suya, en la cual refiere su viaje al Paraná y su primer encuentro con los indígenas del país (1).

Pocos días después juzgaron ambos Padres oportuno hacer una visita a Fray Luis Bolaños, misionero franciscano que a no mucha distancia, al Oeste de aquel país, había fundado y sostenía algunas reducciones. Visitaron al santo varón, quien los recibió con las entrañas de caridad que de un hombre tan religioso era de suponer. Vieron los trabajos hechos por los franciscanos, y tomaron, sin duda alguna, noticias sobre la forma en que se podrían disponer las reducciones de cristianos. Fray Luis Bolaños les hizo un acto insigne de caridad, que nuestros Padres estimaron sobremanera, y fué que les mostró varios apuntes que él había redactado sobre la lengua guaraní. Ya la sabían, bien o mal, nuestros misioneros, pero necesitaban mucho perfeccionarse en ella. El P. San Martín copió de prisa todos aquellos apuntes, y, como él mismo lo dice, gracias a ellos pudo entender primero la conjugación de los verbos en guaraní, y después otras menudencias en la estructura de aquel idioma (2). Agasajados, pues, por Fray Luis Bolaños, despidiéronse de él nuestros misioneros, y enderezaron sus pasos unas 20 leguas al Oriente, donde pensaban establecer su primera reducción.

Oído el parecer de varios caciques, escogió el P. Lorenzana un puesto que se llamaba Yaguaracamigtá, nombre enrevesado, difícil de retener, y que nuestros Padres transformaron en el corriente y fácil de San Ignacio Guazú (grande). Allí se establecieron varios ca-

(1) Esta carta interesante puede verse reproducida textualmente en Lozano (*Hist. de la Comp. en la prov. del Paraguay*, t. II, pág. 179).

(2) *Paraquaria. Historia*, I, n. 12. San Martín al P. Provincial. Paraná, 20 Abril 1610.

ciques y numerosos indios a principios del año 1610. Procedieron los Padres lentamente en la instrucción de aquellos indígenas. Graves dificultades sentían en quitarles ciertos vicios, sobre todo el de la borrachera y el de la antropofagia. Después de cuatro meses de esfuerzos, observaron los jesuitas que la gracia de Dios iba poco á poco venciendo a la corrompida naturaleza. Según escribía el P. San Martín el 20 de Abril de 1610 (1), la reducción de San Ignacio está quieta. Ya se van quitando las borracheras y acostumbándose los indios a la práctica de rezar. Entretanto, los dos misioneros estudian con fervor en los apuntes de Fray Luis Bolaños y se van soltando en el idioma guaraní. Pocos días después el P. Lorenzana confirma las mismas noticias, diciendo: «Nuestra reducción está quieta y nos muestran amor. Los niños saben casi todos la doctrina cristiana, y el catecismo los más de ellos. También lo saben algunas mujeres e indios mayores, y todos ellos desean saber las cosas de Dios y rezan en sus casas a la noche y a la mañana» (2). Al cabo de once meses, en que no habían bautizado sino a tal cual moribundo, juzgaron conveniente administrar el bautismo a los mejor dispuestos, y este acto devoto se empezó por el ejemplo singular de un niño como de doce años, quien, oyendo una vez la explicación del catecismo hecha por el P. Lorenzana, salió de repente al medio del corro, y, puestas las manos sobre el pecho, dijo candorosamente: «Yo quiero el bautismo, porque me quiero ir al cielo.» Hizo impresión ternísima esta súplica infantil, y los Padres determinaron proceder al bautismo de aquella criatura y de otros indios que se mostraban más dóciles y morigerados (3). Al fin de aquel año ya tenía el P. Lorenzana 230 bautizados, y fuera de ellos concurrían al pueblo gran multitud de otros indios que escuchaban la explicación de la doctrina, y poco a poco se iban desprendiendo de sus costumbres bárbaras y disponiendo más o menos para recibir el agua del bautismo.

No habían de faltar a obra tan santa las contradicciones que el infierno levanta siempre contra la acción del Evangelio. A poca distancia, en las orillas del Paraná, vivían varias tribus de guaraníes más fieros y salvajes, los cuales acometieron de pronto a un pueblo distante de indios que, si no cristianos, eran, por lo menos, aliados

(1) Es la carta citada anteriormente.

(2) Lorenzana al P. Provincial. Sin fecha. Hállase esta carta a continuación de la del P. San Martín, y por el contexto parece del mes de Mayo de 1610. *Paraquaria. Historia*, I, n. 12.

(3) *Paraquaria. Litt. annuas*, 1611. Este hecho ocurrió por Diciembre de 1610.

y amigos de los españoles. Mataron a muchos de ellos, cautivaron a otros y se los trajeron por el río arriba con ánimo de devorarlos en alguno de sus banquetes. Cebados con esta presa, quisieron hacer otro tanto con los indios que tenía reunidos el P. Lorenzana en San Ignacio Guazú. Vino a entender el misionero la conspiración que se preparaba, y por de pronto envió algunos indios que conocían a los alzados, a ofrecerles proposiciones de paz y a manifestarles el deseo que tenían los dos Padres de hacer bien a todos los indios, dondequiera que estuviesen. Los rebeldes no dieron oídos a los piadosos ofrecimientos del jesuita. Respondieron con bastante brutalidad, y los mensajeros enviados volvieron contentos de no haber padecido más, y de haber salido ilesos de las manos de aquellos hombres enfurecidos.

Vió el P. Lorenzana que era necesario preparar las armas contra una embestida que no podría tardar. Envió a la Asunción a su compañero el P. San Martín, y entretanto animó a los caciques reunidos a resistir al enemigo. Logró que escogieran un capitán, cosa difícil, pues no estaban acostumbrados a reconocer jamás otro superior que a su propio cacique; dióles alguna instrucción sumaria sobre ciertas precauciones elementales que se podrían tomar para la batalla, y con esto se dispusieron los indios cristianos a resistir. Afortunadamente, llegó de la Asunción un oportunísimo refuerzo de 50 arcabuceros españoles y 200 indios amigos. Con este auxilio salieron animosos a la batalla, y quiso Dios dar a sus fieles completa victoria de los salvajes guaraníes (1). Huyeron éstos vergonzosamente derrotados, y desde entonces, aunque intentaron de vez en cuando acometer a los neófitos, fueron muy poco de temer sus armas, ya porque los cristianos estaban bien prevenidos, ya porque entre los mismos infieles del Paraná juzgaron muchos prudentemente, que les estaría mejor ser amigos de los Padres, pues les constaba que éstos no hacían sino bien a todos los indios con quienes trataban.

En 1612, cuando ya iba prósperamente la reducción, se dudó un poco si convendría entregarla a los Padres franciscanos, que evangelizaban a no mucha distancia al Oeste de aquel país. Parece que alguno de ellos representó a los jesuitas, que no sería conveniente mezclar las reducciones de las dos Órdenes religiosas, y pues ellos

(1) Todo este episodio lo refiere el P. Lorenzana en una carta que copian a la letra las *annuas* de 1611. Con más brevedad cuenta lo mismo el P. Juan Romero, en carta al P. Provincial, Marzo, 1611. (*Paraquaria. Historia*, I, n. 16.)

habían fundado cuatro al Sudoeste del Paraguay, a no mucha distancia de la ciudad de Corrientes, convendría que los jesuitas no se acercasen a aquellos terrenos, pues había tantas regiones donde se podría explayar el celo apostólico. Parecieron muy justas las reflexiones de los franciscanos, y por algún tiempo discurrieron nuestros Padres entregar la reducción de San Ignacio Guazú. Sin embargo, observando que distaba bastantes leguas de las reducciones franciscanas, perseveraron con ella y sólo tuvieron cuidado en adelante de extenderse por el otro lado hacia el Este, fundando sus pueblos a lo largo del curso del Paraná, siguiendo el río agua arriba (1). El P. Lorenzana perseveró en la reducción cerca de dos años, hasta que la obediencia le mandó volver a su rectorado de la Asunción. Sucedióle en aquel puesto el P. Roque González, quien, abandonando a los empedernidos guaycurus, fué destinado a este punto, donde el celo apostólico podía emplearse con resultado más seguro. Entretanto no debemos disimular que, ya con los trabajos inherentes a la misión, ya con los sustos y congojas que se padecieron por las acometidas de los guaraníes del Paraná, el novicio P. San Martín, que era de ánimo pusilánime, padeció graves congojas y hubo de ser retirado de la misión. Poco después descaeció todavía más y salió de la Compañía (2).

4. Mientras el P. Lorenzana daba tan buenos principios a la primera reducción del Paraguay, enderezaban sus pasos al Norte los dos Padres italianos José Cataldino y Simón Massetta (3). Deseaban establecerse en la región del Guayrá, esto es, en la parte del Brasil que confina con el Nordeste de la actual República del Paraguay. Acompañábales el sacerdote Rodrigo Ortiz de Melgarejo, hombre virtuoso que deseaba entrar en la Compañía, y había visitado tiempo antes las regiones del Guayrá, donde le conocían algunos caciques. Los dos Padres, siguiendo el curso del río Paraná hacia el Norte, llegaron el 1.º de Febrero de 1610 a Ciudad Real, población española cerca de la frontera septentrional de la actual República del Paraguay. Allí publicaron un jubileo concedido por Su Santidad Paulo V,

(1) Este incidente de los franciscanos lo explica el P. Diego González Holguín, Rector de la Asunción, en carta dirigida al P. Asistente de España. Asunción, 13 Marzo 1612. (*Paraguaria. Historia*, I.)

(2) Vide Lozano, t. I, pág. 218.

(3) Sobre este viaje de los dos misioneros, que duró medio año largo, poseemos dos cartas, una del P. Cataldino, escrita en Ciudad Real el 5 de Mayo de 1610, y otra del P. Massetta, 3 de Mayo de 1610. En ambas refieren sus trabajos apostólicos y su enfermedad. (*Paraguaria. Historia*, I, n. 12.)

y con esta ocasión predicaron a los españoles y oyeron las confesiones de casi todos ellos. Terminó esta faena apostólica con un incidente que nadie había esperado. De repente cayeron peligrosamente enfermos los dos misioneros y el Sr. Melgarejo, y llegaron a tal extremo, que hubo de administrárseles el santo Viático. Catorce días estuvieron en cama nuestros Padres, y cuando les iban a administrar el sacramento de la Extremaunción, quiso Dios que poco a poco reviviesen, y con algunas medicinas bastante rudimentarias que les aplicó un español recobraron pronto la salud. Desde Ciudad Real dirigieron sus pasos a Villa Rica del Guayrá (1), otra población española donde también ejercitaron los ministerios apostólicos. Por fin, en el mes de Junio se encaminaron al Noroeste, y entrando de nuevo en el río Paraná, fueron navegando agua arriba hasta que tropezaron con el poderoso afluente Paranapané. Este río era como el término de su viaje, pues con él designaban los españoles del Paraguay el límite septentrional del territorio entonces conocido y visitado por nuestros colonos. Este río Paranapané corre de Este a Oeste, constantemente en la misma dirección, manteniéndose a unos 23 grados de latitud austral.

Entrando por el cauce de este río, los PP. Cataldino y Massetta navegaron agua arriba como unas 30 leguas, y habiendo saltado en tierra empezaron a tratar como podían con los caciques indios. El Sr. Melgarejo conocía a uno u otro de ellos. Los donecillos que llevaban los Padres atrajeron la voluntad de muchos y dentro de poco observaron, que sin gran violencia les rodeaban los indios con muestras de algún afecto. La dificultad más grave que allí se ofreció para la predicación del Evangelio era la poligamia, a que eran muy dados aquellos indios, y también la borrachera, tan general en casi todas las tribus salvajes. Con todo eso no se desanimaron los dos Padres, y en el mes de Julio de 1610 dieron principio en dos sitios oportunos a las dos primeras reducciones del Guayrá, que llamaron San Ignacio y Loreto (2). El nombre de San Ignacio todavía lo vemos en

(1) No se confunda esta población con la ciudad Villarica, que es la segunda del actual Paraguay.

(2) Nótese el anacronismo que comete Charlevoix (l. V y al principio del VI) suponiendo que estas dos reducciones fueron las más antiguas del Paraguay. Como ya lo hemos visto por las cartas de nuestros misioneros y por el anua de 1610, la más antigua reducción fué la de San Ignacio Guazú, empezada por el P. Lorenzana en los primeros días de 1610, siendo así que las dos del Guayrá no tuvieron su principio sino por Julio o Agosto del mismo año.

algunos mapas modernos (1); el de Loreto parece haber desaparecido cuando veinte años después fueron trasladadas aquellas reducciones al territorio actual de la República Argentina.

En 1612 recibieron estas misiones un impulso poderoso por medio de dos nuevos operarios que el P. Provincial envió a ellas. Eran el P. Antonio Ruiz de Montoya, nacido en Lima en 1585, y que, terminados sus estudios en Córdoba, había pedido con instancia ser destinado a las misiones del Paraguay, y juntamente otro joven de su misma edad, el P. Martín Javier Urtasun (2), navarro, pariente remoto de San Francisco Javier. Llegados a las reducciones del Guayrá, lo primero que hallaron los dos nuevos operarios fué la grandísima pobreza en que vivían los PP. Cataldino y Massetta. «Hallábanse, dice Montoya, pobrísimos, pero ricos de contento. Los remiendos de sus vestidos no daban distinción a la materia principal. Tenían los zapatos que habían sacado del Paraguay, remendados con pedazos de paño que cortaban de la orilla de sus sotanas. La choza, las alhajas y el sustento decían bien con los de los anacoretas. Pan, vino y sal no se gusta en muchos años; carne alguna vez la veíamos de caza, que bien de tarde en tarde nos traían algún pedazuelo de limosna» (3). En medio de tanto desamparo se consolaban mucho los recién llegados con el fervor religioso que observaron en los indios de aquellas reducciones. Consérvase una carta edificante del P. Martín Javier, en que exponía candorosamente sus primeras impresiones al entrar en las reducciones del Guayrá. «Dentro de cinco o seis días, dice, después que llegamos, vino la fiesta de Nuestro Padre San Ignacio (1612), la cual celebramos con mucha solemnidad, porque había renovación de votos. Este día se dedicó este pueblo a Nuestro Padre Ignacio con muchas fiestas y regocijos. Este día se eligieron alcalde y cuatro regidores con su procurador, con mucho aplauso y concurso de otras partes. Este día, finalmente, bautizamos cincuenta niños y tres adultos, habiendo muy pocos días que los Padres estuvieron en él y bautizaron. El pueblo es bueno, que tendrá setecien-

(1) En el *Allgemeiner Handatlas*, publicado por Scobel en 1912 (carta 199-200), pueden verse las dos situaciones que ocupó la reducción de San Ignacio Miní. La primera al Norte, a orillas del río Paranapanema, y la segunda (donde hoy se ven las ruinas) al Sur, junto al Paraná, cerca de Posadas.

(2) Así escribe este nombre el P. Montoya, y así lo han reproducido otros autores. Sospecho, sin embargo, que deberá leerse *Artasun*, nombre de un pueblo de Navarra, poco distante del mío. Así lo persuade la analogía de otros apellidos usados en Navarra con la misma terminación, como Otazu, Azpiazu, Garrastazu, etc.

(3) *Conquista espiritual*, c. 9.

tos indios (es decir, familias de indios), los cuales, cierto, es contento ver con cuánta voluntad acuden a las cosas de Dios y cuán bien las toman. Verdaderamente, Padre, que es un consuelo muy particular ver que vinimos ayer y que todos los días, no ha bien anochecido, cuando se oyen por todas partes alabanzas de Dios; porque unos cantan la doctrina, otros los cantares piadosos, otros otras cosas devotas que les enseñamos. A la mañana, no se comienza a tocar la campana de las Aves Marías, cuando ya de todas partes se oyen oraciones y alabanzas de Dios. Él sea bendito para siempre, que certifico a V. R. que hay por acá tanto consuelo y contento, que realmente es amor propio el deseo de estar por acá. Yo no sé dónde están los trabajos y dificultades que pintan. Todos tenemos salud, gracias al Señor que nos la da» (1).

Pronto hubo de experimentar el joven P. Javier los trabajos que acompañaban a la fundación de aquellas misiones. Efectivamente, descuidándose los oficiales reales en pasar la cantidad necesaria para el sustento de los misioneros, se vieron los Padres del Guayrá reducidos a la última extremidad, y se juzgó indispensable que el P. Cataldino corriese más de 300 leguas hasta Santa Fe, para pedir auxilio y algún remedio a su indigencia, que se hacía ya intolerable. A principios de 1614 el misionero hubo de hacer una información en Santa Fe, para hacer constar los trabajos que se llevaban adelante en las regiones del Guayrá, y la necesidad que padecían los tres operarios que allí quedaban (2). Con esta información en la mano presentóse a las autoridades y suplicó humildemente que fuesen socorridos los misioneros. Obtuvo lo que deseaba y volvió a toda prisa a su amada misión. Pero entretanto habían padecido tanto sus compañeros, que el joven P. Martín Javier había sucumbido de pura hambre y necesidad. El P. Montoya nos cuenta con sentimiento de ternura la muerte de este joven religioso. «A la media noche, dice, dió su alma al Señor con tanta paz y sosiego, como si durmiera un suave sueño, mostrando en la hermosura y serenidad de su rostro la hermosura de su dichosa alma» (3). Sólo tenía veintiséis años.

5. Mientras con tantas fatigas se entablaban las reducciones del Guayrá, afanábanse con no menores trabajos los misioneros destinados a cultivar las regiones meridionales a orillas del Paraná. Un re-

(1) Río Janeiro. Bibl. Nac., *Mss. Angelis*, n. 258.

(2) *Ibid.*, n. 259.

(3) *Conquista espiritual*, c. 14.